

## INSTRUCCION OCTAVA.

## SOBRE LA ORACION DOMINICAL.

## INSTRUCCION PRIMERA.

SENTIMIENTOS QUE HAN DE INSPIRARNOS RESPECTO A DIOS Y RESPECTO A NUESTRO PRÓJIMO ESTAS DOS PALABRAS : PADRE NUESTRO.

TEXTO. — *Sic ergo vos orabitur : Pater noster, etc.* Vosotros pues oraréis así : Padre nuestro, etc..

(SAN MATEO, CAP. VI, VERS. 9.)

EXORDIO. — Probablemente habreis leído, hermanos míos, en algún libro de piedad una breve explicación del *Padre nuestro*, hecha por una piadosa mujer, explicación que se llama : *el Padre nuestro de la jardinera* (1). Voy á explicaros su origen. Monseñor de Flammenville, obispo de Perpiñan, paseándose cierto día por los alrededores de su ciudad episcopal, encontró á una pobre mujer ocupada en escardar sus le-gumbres y en cultivar su jardín... Acercándose bondadosamente á ella, la habló de Dios, y la preguntó de qué manera le servía. — « Monseñor, contestó ella con humildad, yo soy una pobre ignorante, apenas sé las oraciones necesarias; pero me esfuerzo en decirlas con atención y con todo mi corazón... » Recitó entonces el *Padre nuestro*, acompañándolo con reflexiones sencillas y piadosas que sorprendieron al santo prelado. Ved ahí algunas frases de esas explicaciones recojidas por Mons. de Flammenville : « *Padre nuestro, que estás en los cielos.* ¡ Cuán dichosa soy, Dios mio, de teneros por padre! ¡ Cuánta alegría me da el pensar que el cielo ha de ser un día mi morada! Concededme, Dios mio, la gracia de que no degenero de la cualidad de hija vuestra; no permitais que haga cosa alguna que me prive de tan gran felicidad.... *Santificado sea tu nombre.* Dios mio, yo no soy más que una pobre mujer y de consiguiente yo, por mí misma, no me hallo en estado de poder santificar vuestro santo nombre; pero deseo de todo corazón

(1) Véase la *Journé du Chrétien* y muchas otras colecciones de oraciones.

que sea santificado por toda la tierra.. *Venga á nos el tu reino.* Deseo Dios mio, que reineis desde ahora en mi corazón con vuestra gracia, á fin de que yo pueda reinar eternamente con vos en la gloria... *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.* Dios mio, vos me habeis condenado á ganarme la vida con el trabajo de mis manos; acepto, Señor, esta dichosa condición, y no quisiera cambiarla por otra contra vuestra adorable voluntad.... *El pan nuestro de cada día dá-nosle hoy.* Dios mio, tres clases de pan os pido : el de vuestra divina palabra para enseñarme lo que debo hacer; el de la sagrada Eucaristía, que fortalece mi alma, y el que necesito para alimentar y sostener mi cuerpo; y os prometo, Dios mio, después de haber tomado lo que yo necesitó, asistir con lo restante á aquellos que lo pueden necesitar.... *Perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos á nuestros deudores....* Señor, sé que he ofendido á muchas personas; les pido perdón de todo mi corazón; y á los que me han ofendido, les perdono.. Os ruego, Dios mio, que les hagais todo el bien que para mí deseo... *No nos dejes caer en la tentación.* Vos veis, Señor, de cuantos enemigos estoy rodeada y que, sin vuestra gracia, me es difícil dejar de sucumbir á sus sugestiones; os lo pido con todo mi corazón... *Mas libranos de mal.* Os pido, Dios mio, la gracia de que me libreis de todos los males, esto es del pecado, que es el único que puede hacerme perder vuestra gracia.. *Así sea.* Con esta palabra os pido, Dios mio, el cumplimiento de todas las peticiones que acabo de hacer. »

PROPOSICIÓN. — Esta mañana me propongo daros yo mismo algunas explicaciones sobre estas dos primeras palabras : *Pater noster*, Padre nuestro.

DIVISIÓN. — Diré pues, *en primer lugar*, los sentimientos que en nosotros debe excitar este título de Padre, que le damos á Dios al em-pesar esta admirable oración; *en segundo lugar*, probaré también de haceros comprender los sentimientos que debemos tener con respecto á nuestro prójimo, puesto que Jesucristo ha querido que digamos : *Padre nuestro* y nó *Padre mio*.

*Primera parte.* — ¡ Qué dicha para nosotros, hermanos míos muy amados, y al mismo tiempo qué dignidad, qué nobleza en poder llama

de verdad Padre nuestro á Dios!.. Este título de cariño y de respeto, Nuestro Señor Jesucristo nos lo recomendó en más de una circunstancia del Evangelio: quiero citaros únicamente una ó dos de estas circunstancias. «No os preocupeis, decía á sus Apóstoles, no os preocupeis por los alimentos ni por el vestir; vuestro Padre que está en el cielo sabe que necesitais todas estas cosas...» Y añadía: «Alégrate, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido á bien daros el reino de los cielos. (1)...» Un día afirmaba también con más energía esta verdad, y queriendo demostrar que toda paternidad viene de Dios, que los autores de nuestros días no son más que instrumentos de que se ha servido para darnos la existencia, decía: «A nadie ilameis padre vuestro sobre la tierra, porque no teneis más que un solo padre verdadero que está en los cielos (2)...» Y en el momento mismo en que, por su gloriosa ascensión, iba á subir al cielo, afirmaba nuevamente esta verdad: «Vuelvo, decía, hácia mi Padre, que es también el vuestro (3)...» Es inútil, hermanos míos, insistir más sobre este punto.

Sí, el Dios omnipotente que gobierna los cielos y la tierra nos permite que le llamemos padre nuestro; y Jesucristo, nuestro adorable Redentor, nos recomienda que le demos este título.

Me parece, cristianos, que este augusto privilegio de ser los hijos del Altísimo debe inspirarnos sentimientos de amor y de confianza; y añadir sentimientos de respeto hácia nosotros mismos, que nos hacen dignos de nuestro origen celestial.

Digo sentimientos de amor. Todos sabeis, hermanos míos muy amados, lo que es un padre, y sobre todo un buen padre... Cuando somos pequeñuelos, incapaces de bastarnos á nosotros mismos, es cuando podemos apreciar su bondad de un modo más especial... Le veis levantándose temprano, trabajando con ardor todo el día y no interrumpiendo acaso su trabajo hasta muy tarde de la noche. ¿Porqué ese labrador, ese trabajador del campo ha soportado el peso del calor y del día, ó las intemperies de las estaciones? ¿Para quién han fatigado sus brazos

(1) S. Mateo, cap. VI: S. Lucas, cap. XII.

(2) S. Mateo, cap. XXIII, vers. 9.

(3) S. Juan, cap. XX, vers. 17.

esos obreros dedicados á un trabajo cualquiera?.. ¿Para quién?.. Pues para nosotros, para sus hijos... La idea de sernos útiles era la que les sostenía en sus pesadas tareas. ¡Ah! ¡Cuán ingrato sería y cuán mal corazón tendría el hijo que no amase á su padre!... ¡Oh! hermanos míos muy amados, por grandes, por ricos, por poderosos que seamos, somos y seremos siempre pequeños ante nuestro Padre celestial; necesitamos siempre que conserve nuestra existencia, que nos dé el alimento y el vestido, y que no interrumpa sus beneficios...; Y bien sabeis vosotros, hermanos míos, cuán pródigo se muestra para con nosotros; pródigo de los beneficios del cuerpo, más pródigo todavía de los beneficios del alma, ofreciéndonos cada día, ya en la oración, ya en los sacramentos, tantas gracias, que deberían convertirnos en santos... Fácilmente debeis comprender el cariño mezclado de respeto y de reconocimiento que debemos profesar á ese padre que tenemos en el cielo...

El mismo Jesucristo es quien nos enseña también que este título de padre que á Dios le damos ha de escitar nuestra confianza. «¿Qué padre, dice, se negaría á atender una petición, una súplica justa de su hijo?.. Si le pide pan, ¿le presentará una piedra? ¿Le dará una serpiente, cuando le pida pescado? (1)...» Si pues los hijos pueden dirigirse confiadamente á sus padres de este suelo, á quienes sin embargo les falta mucho para ser perfectos, ¿con cuánta mayor confianza os debeis dirigir á ese Padre tan bueno que en el cielo teneis!... Además, carísimos hermanos míos, nuestro mismo divino Salvador ha querido darnos una imágen de esta confianza que debemos tener, refiriéndonos la tan sabida historia del hijo pródigo. El padre que recibe con una ternura tan grande á su hijo extraviado, es la imágen del Padre que tenemos en el cielo. Pobres pecadores, pobres hijos pródigos, — porque todos más ó menos lo somos. — recurramos con confianza á su bondad, á su soberana misericordia...

He dicho asimismo que este título de hijos de Dios tenía que inspirarnos sentimientos de respeto hácia nosotros mismos, es decir, amados hermanos míos, que es menester que en nuestras palabras, en nues-

(1) San Lucas, cap. XI, vers. 12 y siguientes.

tras acciones y en toda nuestra conducta nos mostremos dignos de este hermoso título. Imagináos al hijo de un príncipe, de un gran señor ó bien de alguna persona de una posición más ó menos elevada á quien podais conocer; ¿qué pensaríais de él, si le vieseis andar por nuestras calles, acompañándose con algunos criados y cantando con ellos repugnantes estribillos? ¿y si le vieseis frecuentar los garitos, las casas de mal vivir y encenagarse en el desórden, como ciertos mercenarios crapulosos?.. Diríais que se deshonra, que se degrada... y tendríais razón... Cristianos, hijos del Padre celestial, apliquémosnos esta comparación. Guardémosnos de degradarnos abandonándonos al vicio y de hacernos indignos, con nuestra conducta, de Aquel que nos ha permitido que le llamemos Padre nuestro, que estás en los cielos...

*Segunda parte.* — Cuando á vuestros hijos les preguntamos ¿Porqué llamamos á Dios Padre *nuestro* y no Padre *mío*? nos responden : Porque, como cristianos, todos somos hermanos... Esta fraternidad se extiende aún más léjos; comprende á todos los hombres, los buenos y los malos, porque el Padre que tenemos en el cielo hace brillar su sol sobre todos los hombres, *lo mismo sobre los justos que sobre los pecadores.* ¡Cuán bellas y consoladoras son, cuánto ensanchan el corazón estas enseñanzas de nuestra santa religión!..

¡Bellas!.. Sí, si fuesen bien comprendidas, nadie habría solo ni extranjero en la tierra; esos pobres, esos enfermos, esos ignorantes, los pecadores mismos no serían ni despreciados, ni abandonados : Dios es el Padre de todos; y ¿qué padre, si ama verdaderamente á sus hijos, permitiría que los mayores odiasen y despreciasen á los más débiles y pequeños?.. Nó, pobre mendigo; tú recibirás el pedazo de pan que pides. — Es un hermano; y en nuestros países cristianos encontrará siempre un hogar donde calentar sus miembros y una yáciga donde pasar la noche... En otro punto habrá nuestros misioneros, desterrados voluntarios, que irán á compartir el pan de la verdad con desdichados salvajes y á distribuirles las enseñanzas que ignoran... Ved también á esas vírgenes cristianas, ya curando las úlceras de sus hermanos enfermos en los hospitales, ya recojiendo á los ancianos enfermos, ya arrancando al vicio á ciertas criaturas degradadas y llamándolas con el dulce nombre de hermanas... ¡Ah! carísimos hermanos míos, ciertos

hombres de nuestros días y de otros tiempos también han hablado y hablan, en sus libros y en sus periódicos, de fraternidad.. ¡Atrás, embusteros!.. Esta dulce fraternidad, nó, vosotros no la conoceis; ni siquiera os amais los unos á los otros; el odio brota, como un humor malsano, de todo lo que vosotros escribís... Sí, ya veo que habeis hecho vuestras pruebas; la fraternidad es para vosotros una palabra vana, y vosotros sois unos hipócritas y unos embusteros... Pues bien, hermanos míos muy amados, ¿sería imposible encontrar, hasta en el seno de nuestras campiñas, hasta en nuestras humildes aldeas, algunos de esos infelices extraviados que viven solamente para la venganza y que persiguen á sus hermanos con la más odiosa envidia? Estos tales son bien dignos de lástima... Pero nosotros debemos amarles y rogar por ellos, porque la verdadera fraternidad nos enseña que son hijos del Padre celestial.

¡Cuán consoladoras son las divinas lecciones que nos enseñan que todos somos hermanos!.. Nada hay tan triste como el aislamiento en esta pobre tierra.. Estar solo, no amar á nadie ni ser amado de nadie; oh! esto ha de hacer sufrir más que todo á cualquiera que tenga inteligencia y corazón... Habreis encontrado quizás ciertos seres medio salvajes, que viven solos en algunas chozas aisladas ó en algun oscuro rincón de nuestros lugares; les habreis compadecido y habreis dicho interiormente: ¡Qué existencia tan triste!.. Teníais razón... ¡Ay! esos no reconocen ya ó cuando menos ya no comprenden estas hermosas palabras : *Padre nuestro, que estás en los cielos.* Pero nó, hermanos míos, nosotros sabemos que somos hermanos... ¿Qué significa, en los días de nuestras grandes solemnidades, cuando la parroquia casi entera está reunida en este sagrado recinto, qué significan esa alegría, ese contento, ese gozo que se observa en todos los semblantes?.. Es que entonces aquí, al pié de este altar, nos sentimos más unidos; comprendemos mejor que somos todos hermanos... Figuráos á los fieles de toda una diócesis; mejor aún á los hijos de la Iglesia católica, reunidos de todos los puntos del mundo... ¡Qué preciosa asamblea!.. ¡Y con qué fervor, animados todos de un sentimiento cristiano, diríamos, como verdaderos hermanos: *Padre nuestro, que estás en los cielos!*.. ¡Ah! cuando en nuestras grandes peregrinaciones, diez mil fieles y más aún, venidos de las cuatro

partes del mundo, se encuentran en un santuario venerado, se acojen, aun cuando pertenecen á países diferentes, se acojen, digo, y se estrechan la mano, como á hermanos, como si se conociesen de larga fecha... Y esta fraternidad cristiana, fijaos bien en que no es el menor de los encantos de aquellas piadosas reuniones...

¡ Consoladora !... Sí, lo es aún bajo otro punto de vista esta fraternidad que afirmamos al principiar el *Padre nuestro*... Nuestras familias se pueden extinguir; nuestros abuelos, nuestros hijos, nuestros padres pueden desaparecer; pero la gran familia cristiana subsiste siempre. Ven, pobre huérfano: ven, viuda atribulada; venid á esta Iglesia, á repetir con fé estas palabras: *Padre nuestro, que estás en los cielos*, y observaréis que ya no estais solos, que os quedan hermanos y hermanas, que os queda otra familia en el lugar de aquella que perdisteis.

Dícese que un jóven, huérfano ya de madre, había visto morir á un excelente padre á quien amaba con ternura. Agobiado por la tristeza y por una especie de desesperación, no podía separarse de la tumba que acababa de cubrir los restos de aquel padre querido... — « ¡ Todo se acabó, decía, ya estoy solo, completamente solo en el mundo !... » Un venerable sacerdote, que le había dado algunas lecciones, mostrándole grabadas sobre una tumba, cerca de la fosa de su padre, estas sencillas palabras: *Padre nuestro, que estás en los cielos*, : « Calma tu dolor, hijo mio, le dijo; nó, no estás solo en el mundo: tienes un padre que está en el cielo, y estos fieles que te rodean... ¡ qué digo !... todos los cristianos son tus hermanos... » Esta reflexión impresionó al jóven, quien, alejándose del cementerio, iba repitiendo sin cesar estas palabras: *Padre nuestro, que estás en los cielos*...

He añadido que la idea de esta fraternidad ensanchaba el corazón... Amados hermanos míos, si Dios nos ha dado una inteligencia para comprender, nos ha concedido asimismo un corazón para amar. ¡ Léjos, muy léjos de este púlpito cristiano, el sentido egoísta y mísero que se ha dado á veces á uno de los más bellos, de los más dulces nombres que pueda pronunciar el lenguaje humano, el amor !... El amor, hijo de la caridad cristiana, nos aproxima á Dios, á quien el apóstol san Juan designa con estas palabras: *Dios es caridad... Dios es amor*... El

ódio, el amor exclusivo de nosotros mismos, que difiere poco del ódio á los demás, son hijos del orgullo y nos hacen esclavos de Satanás que es el ódio, el orgullo por excelencia... Ved pues á toda una parroquia, á toda una ciudad, á toda una nación comprendiendo bien estas palabras: *Padre nuestro*; á todo un pueblo comprendiendo esta santa fraternidad... ¡ qué espectáculo tan hermoso !... El fuerte ayuda al débil, el rico alivia con cariño á su hermano pobre, no formando más que una familia, amándose y respetándose mutuamente... No más envidias, no más esas ásperas codicias que traen en pos de sí tantas revoluciones, calamidades y crímenes; nó, tendríamos la paz, la unión de los corazones; tendríamos casi el paraíso sobre este suelo... Esto, hermanos míos muy amados, esto es lo que nos predicó Jesucristo con estas sencillas palabras: *Padre nuestro, que estás en los cielos*.

PERORACIÓN. — San Francisco de Asís había de tal modo comprendido este amor del prójimo, esta dilatación del corazón, que su cariño se extendía, no sólo á todos los hombres, justos ó pecadores, cristianos ó infieles, sino que comprendía, abrazaba, por decirlo así, á todas las criaturas de Dios. — « Corderos, hermanos míos, decía con ingenuidad, golondrinas, mis hermanas, bendecid á vuestro modo al Dios que os ha creado, á ese padre que tenemos todos en el cielo... » Y dóciles á su voz, aquellos inocentes animales manifestaban en cierto modo que le habían comprendido... En otras circunstancias había dado á entender la confianza y el abandono en manos de la Providencia que le inspiraban estas palabras: *Padre nuestro, que estás en los cielos*. Su padre, rico mercader de Asís, irritado de ver á su hijo abrazar la vida religiosa, le amenaza con desheredarle. Acude á la morada del obispo de la ciudad y exige de Francisco una renuncia absoluta de todos los bienes que le puedan corresponder.. Este último no vacila; y revistiendo con un sayal, entrega á su padre hasta los vestidos que había traído de casa de su padre. — « Ahora sí, esclama lleno de gozo, ahora sí que podré decir con más verdad: *Padre nuestro, que estás en los cielos*... » Para combatir el egoísmo, la sensualidad y el amor á las riquezas, fundó una órden que subsiste todavía y que tenía por base la pobreza. — « Pero, ¿ cómo vivireis ? le preguntó el Soberano Pontífice antes de aprobar su órden. — ¡ Oh ! Padre Santo, no paseis cuidado, contestó

Francisco: si la santa pobreza que escogemos por madre no posee nada, nuestro Padre que está en los cielos es rico; él sabrá proveer á las necesidades de sus hijos.» Siguiendo el ejemplo de este gran santo, carísimos hermanos, estemos animados de una gran confianza en Dios y de una tierna caridad hácia el prójimo cada vez que repitamos estas palabras: *Padre nuestro, que estás en los cielos...* Así sea.

## INSTRUCCION NOVENA.

### SOBRE LA ORACION DOMINICAL.

#### INSTRUCCION SEGUNDA.

ES JUSTO QUE SE SANTIFIQUE EL NOMBRE DE DIOS: COMO PODEMOS CONTRIBUIR NOSOTROS A ESTA SANTIFICACION.

TEXTO. — *Pater noster, qui es in celis, sanctificetur nomen tuum.* Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre.

(S. MATEO, CAP. VI, VERS. 9.)

EXORDIO. — Hermanos míos, cuando explicamos á vuestros hijos la oración dominical, les hacemos esta pregunta. ¿Porqué decimos *Padre nuestro, que estás en los cielos*, cuando Dios está en todo lugar? Y ellos nos responden: Porque en el cielo es principalmente donde Dios muestra más su gloria y su poder... Es verdad, hermanos míos muy amados: con sólo que consideremos lo que nosotros llamamos vulgarmente el cielo, es decir ese espacio inmenso y de una profundidad desconocida por donde cada día se pasean el sol y la luna; vasto océano donde nadan las estrellas, sin que jamás se haya podido conocer á qué distancia está situado el s<sup>o</sup>lio mismo de las que están más inmediatas á nosotros; ; oh, sí! ésta es, sin duda alguna, de todas las maravillas que nos rodean una de las más sorprendentes, una de las

más admirables y que afirma de un modo incontestable la omnipotencia de Dios.

Un profeta lo ha dicho: los cielos refieren la gloria de Dios, de aquel que los creó y el firmamento anuncia cuán excelentes son las obras de sus manos (1). Según el profeta, ningún espíritu humano puede desconocer este lenguaje... Y lleno de entusiasmo, añade todavía: «Él ha establecido su morada en el sol, y desde allí, glorioso como un jóven esposo, fuerte como un gigante, habla desde lo más alto de los cielos; nadie puede ocultarse á sus miradas (2)...» Así es como el profeta David, sirviéndose de ese cielo que nos rodea, como de una comparación, nos presenta á Dios dirigiendo los astros que lo pueblan...

Más bello, más rutilante, hermanos míos muy amados, que el azul donde se bañan los astros, es ese cielo, ese paraíso donde nos aguarda Dios... El otro no es más que una imágen débil é imperfecta de él... El sol del paraíso es Jesús con su bondad, su dulzura, su amor y su inmensa misericordia... ; Oh María! vuestro divino hijo refleja sus rayos sobre vos; hermosa como la luna, brillais en aquella agradable mansión en medio de los ángeles, de los arcángeles, de los apóstoles, de los mártires, de los confesores y de las vírgenes. *Pulchra ut luna...* Sí, sois superior á todas las criaturas, á todas las aventajais, como aventaja la luna en resplandor á los demás astros... Después de haber dicho á Dios: *Padre nuestro, que estás en los cielos*, podemos también deciros con verdad, dirigiéndonos á vos: *Madre nuestra, que estás en los cielos...* En el paraíso pues, hermanos míos muy amados, es donde Dios se revela más á sus santos, donde les colma de alegrías y delicias, y es una de las razones por las que le saludamos con este título de *Padre nuestro, que estás en los cielos...* ¿Necesito añadir que estas sencillas palabras nos enseñan que el cielo es nuestra verdadera patria, que en este suelo hemos de estar como viajeros, ó mejor aún, como esos soldados, que, después de haber servido á la patria durante un cierto número de años, ansían volver á ver el hogar donde sus padres les aguardan?... El cielo es nuestra patria; Jesu-

(1) Salmo XVIII, vers. 1.

(2) Salmo XVIII, vers. 6.